

timiento del honor estaba tan profundamente arraigado, y que consagraron siempre á Elena, su prima, su amiga de la infancia, un afecto tan consecuente y tan vivo.

Corrió á la ventana, llevando consigo al general.

—Escuchad—le dijo.

Se oía en el valle, bajo el castillo, un inmenso y sordo bramido.

—Tenemos el tiempo justo para huir—repuso.

—¿Por qué?

—Porque nos va á llevar la corriente, nos vamos á ahogar.

—¿Cómo?

—¡No me preguntéis más! ¡Huyamos!

No pudo ser. ¡Era tarde ya!

Un raudal de agua de treinta pies de altura cayó como una tromba, sobre las paredes del castillo. Oyóse un prolongado crugido... Las ventanas quedaron destrozadas.

De todas partes salían gritos desesperados.

Desde el balcón, el general no distinguía más que un poderoso río que inundaba el parque con prodigiosa violencia, lo arrastraba todo á su paso.

Ni más dependencias, ni más luces, ni más soldados, ni más nada, que no fuera aquella enorme y mugiente ola, amenazadora siempre; y en el castillo, que se tambaleaba como una barca en medio de un borrascoso mar, algunos hombres, desatinados, lívidos de miedo, en frente de aquel raudal contra el cual eran impotentes.

XXVII

El cantero de Oullans podía frotarse las manos de gusto.

Su obra había tenido el apetecido éxito.

El mismo prendió fuego á las mechas.

Era un golpe maestro, del cual se acordaría toda su vida, tanto más, cuanto que, además, según todas las probabilidades, si no quedó sordo, poco le faltó.

Empleó el día en perfeccionar las cosas por su propia mano, añadiendo otras mechas para el caso en que algunas no surtieran efecto; abrió nuevos huecos y, en fin, trabajó como verdadero artista que bruñe su obra y no la da por terminada sino cuando no le falta detalle alguno.

Iba en ello su amor propio.

Mas no por eso se hallaba tranquilo; el resultado le tenía inquieto, y temía haberse precipitado al vanagloriarse de hacer saltar de un golpe semejante mole, aquel gigante de treinta metros, ¡él, un pigmeo de cinco pies!

Sus angustias eran mortales, y así lo confesó después, repetidas veces, á sus amigos.

La reputación es joya inestimable. El maestro Chadouin tenía puestos los cinco sentidos en ella, mucho más que en su dinero, y eso que era hombre económico...

Si el dique resistía, si la mina no abría más que una insignificante brecha en aquella mole de granito, quedaba deshonrado. En una palabra; si los Tremor y los Souvray, que

habían confiado toda su empresa en su experiencia, experimentaban por culpa suya una desgracia, una de esas decepciones de las cuales no se repone uno, y cuyos desastres son irreparables, no le quedaba más recurso que echarse de cabeza desde lo alto de la muralla, ó ahogarse en los sesenta piés de agua del estanque.

Pero nunca pensó, como Vatel, en atravesarse el cuerpo con una espada. No llevaba más armas que un eslabón y mechas azufradas.

No hacía falta más.

Con las manos en los bolsillos, á causa del frío, daba muestras de la mayor ansiedad.

¿Qué diría el alma de su padre; el granadero de Jena y de Leipzig, si él dejara escapar á aquellos enemigos que le desafiaban en su territorio, y por los cuales sentía ¡él, el hombre afable y bondadoso por excelencia! un odio inveterado que erecía y se exasperaba ante las recientes catástrofes?

En vano su hombre de confianza, procuraba tranquilizarle.

—Ya vereis, maestro. ¡Todo temblará!

El buen hombre estaba sobre ascuas.

Jamás noche alguna le había parecido tan larga. No podía estar quieto.

Y debía, sin embargo, hallarse contento.

El enemigo estaba allí, y caía, con la cabeza baja, en el lazo.

A derecha é izquierda del valle, cerca del castillo, Fargeas, los guardas, media docena de cazadores y los mozos de Oullans, bien ar-

mados, aguardaban la explosión para disparar contra los que intentaran salvarse.

Von Goeben y su tropa estaban sitiados.

Quisieron incendiar el pueblo. Les dejaron hacerlo. Los Souvray aseguraban que nadie perdería nada, que las casas se reedificarían á expensas de ellos.

Y nadie se hubiera atrevido á dudar de la palabra de los dos hermanos.

Per la noche una patrulla de cuatro coraceros adelantó hasta la calzada.

Oculto entre los juncos, el cantero los devoraba con los ojos.

—No vendreis mañana—decía para sí.

La hora solemne se acercaba lentamente.

El pueblo ardía.

Chadouin observó con estóica mirada cómo ardía la casa de su pariente, su Priorato, donde él pasaba la mitad de su vida.

—Está bien—dijo—vosotros nos calentais; nosotros os refrescaremos...

Al fin la aguja de su reloj marcó la hora precisa.

¡Las diez!

Era el momento convenido.

El pueblo acababa de arder.

Chadouin se dijo que á la afrenta no tardaría en seguir la reparación.

Tiró del brazo al dependiente.

El cantero encendió un cabo de vela, y con él prendió fuego á tres ó cuatro mechas que pendían á lo largo de la muralla.

—Salgamos de aquí—dijo.

Algunos minutos después, cuando corrían á

todo correr, una formidable detonación, que hizo temblar el suelo, les hizo también caer en tierra.

El obrero se levantó con todo el cuerpo dolorido; y como viera á su amo que seguía tendido en tierra sin moverse, le preguntó:

—¿Estáis vivo?

Chadouin hizo seña de que sí, y exhaló una queja.

Pero medio minuto después se levantó diciendo:

—¡Bravo! He tenido éxito. ¡Qué golpe! Sepamos qué sucede.

Volviéron á tomar el mismo camino, y ganaron el estanque.

Una vez allí, el cantero se sintió orgulloso.

Las dos pilastras, aquellas dos magníficas columnas de cien piés de altura, habían saltado.

La dinamita destruyó por completo el resto del dique.

El agua se precipitó como un torrente por la abertura, que por momentos se hacía más ancha, y rodó, con la impetuosidad de las cataratas, por el valle.

Todo debía quedar destruído al paso de aquella corriente, que ninguna fuerza humana hubiera podido contener.

Se logra extinguir el fuego; pero no hay nadie que detenga el impetuoso torrente.

Una discreta y silenciosa sonrisa de triunfo iluminó el plácido semblante del viejo Chadouin.

Estaba contento.

—Que se defiendan, si pueden—pensaba.

Él sabía muy bien que eso era imposible.

El líquido elemento llegaba al castillo con la rapidez de una avalancha.

De repente las hogueras que ardian en el parque se apagaron.

El grito de horror de los que estaban ahogándose, era sofocado por el azote del agua, que les arrastraba.

Algunos disparos de fusil, secos y solos, se mezclaban al poderoso murmullo de las aguas.

Todo había concluido.

El maestro Chadouin cumplió su misión.

Con esto se le quitó un enorme peso de encima.

Señaló el valle á su compañero.

Y por allí dirigiéronse ambos, muy de prisa, al parque.

En este sitio les estaba reservado un inesperado espectáculo.

Aquél oasis de vegetación incomparable, no era más que una balsa cenagosa, hirviente, que arrastraba diversos objetos.

No quedaban trazas de las cuadras, cocheras, leñeras, perreras y demás dependencias del piso bajo. La capilla donde se verificó el casamiento de Solange, también quedó destruída; pero el castillo continuaba en pié.

Sus muros sostenian bravamente el esfuerzo de la corriente, el choque de los troncos de los árboles y restos de toda especie, que se estrellaban contra él.

El agua llegaba hasta el primer piso.

Los Tremor y los Souvray, apostados con sus compañeros cerca de allí, seguían con la mirada las fases del cataclismo.

En los balcones del pabellón de Elena se distinguía la silueta de algunos supervivientes á la catástrofe, que pedían socorro con desesperados ademanes.

Era imposible cortar la corriente y llegar hasta ellos aun cuando hubieran deseado salvarlos.

Pero las gentes de Chevagnes no deseaban tal cosa.

No perdonaban á Von Gøben sus actos de salvajismo, las amenazas dirigidas al viejo Tremor, el incendio del pueblo, ni el fusilamiento de Simón.

Solange, estremecida, muda de horror, permanecía al pie de un árbol, en brazos de Catalina.

La *Bigornia*, feroz, con la escopeta de su marido en la mano, esperaba con bárbara alegría que llegara el momento en que los últimos asesinos de su compañero se hundieran en el abismo, dispuesta á acabar con ellos, si el agua no los ahogaba.

Estaba horrible y sublime á la vez.

El amo de Oullans, satisfecho, con los ojos medio cerrados, contemplaba esta escena, pero con otras ideas que la *Bigornia*.

Después de haberlo visto todo, llamó la atención de sus canteros.

Como no sobrevivían, á juzgar por las apariencias, después de los soldados acampados en Chevagnes, más que algunos hom-

bres abandonados en el castillo, ni los tiradores ni sus armas eran necesarios.

El maestro Chadouin y sus obreros subieron al valle.

A poca distancia, y á la margen de un río artificial, formado por la ruptura del dique, había un depósito de árboles cortados.

Los troncos se sumergían en el torrente.

El cantero y sus ayudantes colocaron unos cerca de otros.

Esta maniobra produjo sus efectos.

Los árboles, arrastrados con vertiginosa rapidez, iban á chocar contra los muros, vacilantes por la dinamita y humedecidos por la inundación; así es que abrieron una brecha que se ensanchó rápidamente.

El boquete estaba hecho.

El agua entró con violencia.

Poco despues el centro del edificio se hundió produciendo un ruido sordo; la corriente arrastró las ruinas.

Luego fué el ala derecha la que, después de permanecer un instante en pié, cayó desplomada.

El pabellón de Elena resistió más tiempo, pero al fin sucumbió tambien, produciendo al caer siniestro crujido.

Allí estaban reunidos Von Gøben y sus últimos compañeros.

Uno de sus muros, el de la punta, osciló un instante y se inclinó hácia el abismo, donde se hundió, arrastrando en su caída el resto del pabellón.

Vieron, á la claridad de la luna, inclinarse

la techumbre bruscamente y caer también.

El cantero y sus ayudantes, los Tremor, Fargeas y los Souvray oyeron un grito, vieron algunas sombras caer al agua y desaparecer todo.

Después de esto las aguas empezaron á descender rápidamente.

La obra de destrucción quedaba cumplida.

El fuego asoló el pueblo de Chevagnes.

El agua se tragaba al castillo con los incendiarios.

Al día siguiente el valle ofrecía un aspecto desastroso.

La reserva de agua de Chevagnes quedaba completamente vacía.

El estanque, á pesar de su inmensa superficie, no era más que un pequeño lago, en medio del cual se deslizaban tranquilamente estrechos hilos de agua.

La dinamita había destruido una parte de la calzada; el agua se llevó el resto.

De aquella obra gigantesca nada subsistía.

El aspecto que ofrecía el parque de los Taunay era desolador.

No se veían más que girones de telas, fragmentos de muebles, armas, cadáveres de hombres y caballos, esparcidos por todos lados.

De los cuatrocientos alemanes que habían ido á Chevagnes, mandados por Von Gœben, para vengar la muerte de los coraceros fusilados por Simón y su mujer, ó muertos en Champignolles por Román Tremor y los Souvray, no se salvaron sino algunos pobres

soldados que emprendieron la fuga al oír la explosión y se refugiaron en el campo ó en los bosques.

Los otros, sorprendidos por el torrente, aplastados bajo los escombros, no tuvieron tiempo de darse cuenta de nada.

Los fugitivos soldados, perdidos en el pueblo, vencidos por el frío y el hambre, acabaron por pedir asilo en las chozas y en los cortijos de los alrededores; y fueron acogidos con la proverbial generosidad de aquellas honradas gentes que no saben atacar al enemigo vencido.

El ejército de Werder, al cual pertenecía el destacamento de Von Gœben, no pudo adoptar represalia ninguna por aquella destrucción.

Seis mil hombres al mando del general Keller, fueron derrotados cerca de Autun, y obligados á replegarse sobre Nuits y Dijon.

El Morvan quedó libre de la invasión.

Al amanecer, la Simona encontró los restos de su marido fusilado frente al muro del jardín. Fué arrastrado por los remolinos del agua hasta la bóveda de la capilla.

El pueblo no era más que un monton de ruinas.

Solamente los espesos muros del Priorato, agrietados y ennegrecidos por las llamas, conservaban todavía apariencia de gótico edificio destruido por el incendio.

A pesar de los esfuerzos de los Souvray y de los Tremor, y con gran asombro por parte de todos, no encontraron los restos del ge-

neral Von Gœben ni del marqués de Tannay.

—¿Qué había sido de ellos?

A eso de las doce del día no tuvieron más remedio que interrumpir sus pesquisas.

El cielo se cubrió de nubes y estuvo nevando, sin interrupción, durante tres días.

Toda la comarca quedó cubierta de espeso sudario.

Los cadáveres que no pudieron ser extraídos aquella misma mañana, tuvieron deplorable suerte.

La nieve, endurecida por persistente helada, cubrió la tierra durante más de seis semanas.

Los lobos, hambrientos, se dedicaron á una cacería de nuevo género.

Cuando en los primeros días de febrero se suavizó algo la temperatura, recogióse gran cantidad de huesos informes.

Aquellos restos fueron sepultados en una fosa común, sobre la cual el viejo cantero hizo levantar, á sus expensas, un calvario colosal, con esta fecha:

4 DE DICIEMBRE DE 1870

Este calvario durará tanto como Francia.

Es de piedra de Oullans y tan sólidamente edificado, que sólo podría hacerlo vacilar un temblor de tierra.

Simón, considerado como un héroe por los habitantes todos del país, fué enterrado en el cementerio de Chevagnes, en lugar pre-

minente, frente al pórtico de la iglesia.

Por mas que no hallaron los restos del marqués, no podían dudar de su muerte.

En el mismo instante en que el pabellón de Elena, se hundía, Catalina, que seguía odiando á Oliverio, dijo á Solange, estrechándola entre sus brazos:

—Eres viuda.... Eres libre.

¡Se engañaba!

XXVIII

Cuando el señor de Tannay comprendió, por las oscilaciones y las sacudidas de la casa, que iba á arrastrarlos en su caída, dijo al general:

—Estamos perdidos. Un solo recurso nos queda: al agua, y sigamos la corriente.

Von Gœben era valeroso. Se puede hacer justicia á los enemigos, y al mismo tiempo odiarlos de muerte. Fuerza es, pues, confesar la verdad.

Von Gœben hubiera preferido tenérselas que haber con dos ó tres regimientos y una docena de baterías de campaña, mejor que exponerse á ahogarse ó quedar aplastado por los despojos que arrastraba la corriente.

Pero no tenía dónde escoger.

—¡Vamos!—dijo gruñendo.

Saltó, no sin tener la precaución de agarrarse á un velador, que debía ayudarlo á flotar como si fuera un tonel vacío, ó más bien se deslizó, puesto que el agua bañaba el balcón.

La verdad es que confiaba poco en su salvación.

Aquel desastre, á pesar de que no pudo preverlo ni evitarlo, hería la parte más sensible de su orgullo como militar.

Era, al fin de su carrera, una vergüenza que le perseguiría siempre. ¡Él, cogido en la trampa y humillado, no por las tropas, sino por campesinos, leñadores y cazadores furtivos, sus eternos enemigos!

El marqués era ágil y experto en todos los ejercicios corporales.

Poseía además una cualidad tan rara como preciosa: pocas veces perdía la sangre fría.

Lanzóse detrás del general, mientras que los oficiales prusianos le imitaban.

Medio minuto después el pabellón sesumergía como un navío acerbillado por las balas.

Pero el general estaba ya lejos.

La corriente le llevaba con la velocidad de un caballo pura sangre, á galope.

El marqués, arrollado por la oleada, le perdió de vista, pronto tuvo que detenerse, á causa de haber tropezado con un obstáculo, del ó cual brotaban olas de espuma como de las rocas batidas por la creciente marea.

El choque fué tan violento, que Oliverio estuvo á punto de perder el conocimiento; pero con la energía del hombre que lucha por vivir, logró reponerse y asirse á aquel obstáculo.

Enormes vigas, restos de las techumbres, formaban un verdadero montón, y allí el peligro era más inminente aun.

A cada instante aquella improvisada barrera, oscilaba, á causa del encuentro, y éste sonaba como si dispararan una bala.

Eran árboles arrastrados por el agua, y pedazos de tierra que chocaban y se detenían allí.

Corrían, pues, el riesgo de ser aplastados cien veces por minuto.

El marqués lo comprendió é hizo un desesperado esfuerzo para salvar aquella dificultad, ganando la cuesta.

Tuvo la suerte de conseguirlo.

Ayudándose con la barrera, llegó á tomar pié y salir de allí, tomando la vertiente del lado del pueblo.

Se había salvado.

Una alegría inmensa se apoderó de él.

Olvidó las mortales angustias que acababa de pasar.

Destrozado, helado, tiritando, no pensaba en sus sufrimientos pasados ó presentes.

Una sola idea le preocupaba.

Viviría para la venganza. Pero era preciso no comprometer, no precipitar nada.

Quería reflexionar, combinar á su gusto el plan, madurarlo y llevarlo á cabo á su tiempo.

Por el momento estaba desarmado; era imposible aun devolver mal por mal á sus adversarios; así es que lo mejor que podía hacer era desaparecer, dejarles en la creencia de que había muerto, y volver más tarde, escudado por su derecho, su fortuna y todas sus poderosas armas.

Levantóse del suelo, donde estaba tendido, y se orientó.

Conoció en seguida donde se encontraba.

A una media legua de allí poseía un aislado y miserable cortijo, perdido entre la arboleda.

Era la casa más próxima donde podía pedir socorro, secar sus ropas y pasar la noche.

Cuando iba á ponerse en camino, traspasado de frío, oyó un quejido.

Este quejido partía del borde del torrente, y con el ruido del agua apenas se oía.

El señor de Taunay se acercó.

Un cuerpo inerte yacía en tierra, con los piés bañados por la espuma del agua.

—¿Sois vos, general?—preguntó el marqués.

No obtuvo respuesta.

Pero le movió un poco, y logró reanimarlo.

Era, en efecto, Von Gøben, que habia recibido un golpe muy fuerte.

—¿Dónde estamos?—preguntó.

—Salvados. ¿Qué teneis?

El prusiano se tocó, después de haberse levantado trabajosamente.

Al convencerse de que no tenía herida ninguna, su satisfacción fué grande.

No había fractura, pero estaba lleno de contusiones. Todo el cuerpo le dolía.

—¿Y los otros?—repuso.

—Pensemos en nosotros—dijo el marqués.

Se pusieron á escuchar un instante.

No oyeron ni un grito, ni una queja.

No se oía más que el estrépito del agua luchando contra aquel obstáculo que no podía arrollar.

—En marcha—dijo Oliverio.

—No puedo.

—Pues es preciso; á menos que no queráis morir de frío en medio del bosque.

—¿Por qué no habré muerto!—murmuró Von Gøben.

Era sincero.

—Vamos, pues,—contestó el marqués—que la vida es buena.

Lo sería para él, aun cuando no tuviera en lo sucesivo más que el amargo placer de la venganza. ¡Cómo aplastaría á los Souvray!

¡Y Solange!

¡Ya pagaría su traición, sus desdenes! ¡Qué vida le preparaba! ¡Ella amaba á Román Tremor! Fué por astucia, por ambición en favor de su hijo, por lo que había consentido en representar la odiosa comedia del matrimonio, puesto que estaba, ahora como antes, resuelta á resistirle!

¡Qué contenta debía hallarse! ¡Y cuán poco iba á durar su alegría!

—¡Sí, general—siguió diciendo;—es preciso defenderse, luchar; es preciso vivir! ¡La vida es muy bella!

Von Gøben intentó encogerse de hombros.

Este movimiento le arrancó un quejido.

Oliverio le cogió por el brazo, y le llevó consigo.

Anduvieron largo rato.

A pesar de su carácter reservado, Oliverio sentía necesidad de expansión.

No podía dominar tanta alegría.

—Creísteis que yo cometía una traición con vos, general—dijo.

—¡A fe mía! ¡Las apariencias!...

—Os equivocabais. No era á vos á quien atacaban. ¡Era á mí! ¡Acabo de casarme con una mujer á quien he tenido la debilidad de adorar! ¡Otros la querían viuda y libre! Vos no habeis sido más que un pretexto. Soy yo quien debió ser la víctima. Pero el golpe ha fracasado.

Von Goben pensó que el tal golpe le costaba demasiado caro.

Después que el marqués le hubo explicado durante el trayecto la rotura del dique y el cataclismo consiguiente, no pudo menos de exclamar:

—¡Es un golpe de genio! Esas gentes son valerosas. Hay que ser justo.

A eso de la una y media de la madrugada, los dos compañeros, que tornaron á ser los buenos amigos de otro tiempo, unidos por el mismo infortunio, llegaron al lugar designado.

Acercáronse con precaución á la casa, sumida en profunda oscuridad.

Pero dando la vuelta alrededor de la tapia, vieron al fin una débil luz á través de los verdosos vidrios de una ventanita.

El marqués se empinó.

Distinguíó que en la amplia cocina un hombre y una mujer se hallaban sentados á cada lado de la chimenea, donde ardían los restos de un enorme leño.

—Están solos—pensó el señor de Taunay.

—Es una suerte.

Y llamó con precaución á la ventana.

El perro del pastor, dormido como sus amos, levantó la cabeza y gruñó.

El colono se despertó.

—Quieto—dijo al animal.

Pero como éste ladrara más fuertemente aún, el hombre se levantó, dirigióse á la ventana, donde el marqués llamó de nuevo, y miró con desconfianza hacia fuera.

—¿Quién llama?—preguntó con voz ronca.

—Abrid, buen Gossard.

—¿A quién?

—Al marqués de Taunay.

—¿Nuestro amo?

—Daos prisa. Nos salvais la vida. ¡Salvad al marqués!

—¡Cáspita!—pensó el campesino.—¡Si tuviéramos esa suerte! Eso supone una buena suma!

Se apresuró á alumbrar y abrió la puerta.

Y paseando la luz por delante del rostro del amo, exclamó:

—¡Es verdad! ¡Perdón! Disculpadme, señor marqués. Entrad. Estais en vuestra casa.